

Sobre el concepto y función de las ciencias psíquicas.*

Franz Brentano

§1. Definición de la psicología como ciencia del alma. §2. Definición de la psicología como ciencia de los fenómenos psíquicos. §3. Valor propio de la psicología.

Originalmente, ciertos fenómenos evidentes y conocidos parecieron proveer una explicación de realidades secretas. Reconocidos posteriormente como más oscuros que todos los demás, empezaron a despertar asombro y curiosidad. Los grandes pensadores de la antigüedad consagraron a ellos lo mejor de su actividad. Todavía no se ha alcanzado gran acuerdo o claridad acerca de ellos. Estos son precisamente los fenómenos que he convertido en mi objeto de estudio. En este trabajo intentaré esbozar, en términos generales, un cuadro exacto de sus características y leyes. No hay rama de la ciencia que haya dado frutos más pobres para nuestro conocimiento de la naturaleza y la vida, y no hay ninguna otra de la que esperemos la satisfacción de nuestras necesidades más esenciales. No hay área del conocimiento, excepto únicamente la metafísica, que la gran masa de las personas mire con mayor desprecio, y ninguna a la que ciertos individuos atribuyan mayor valor y que tengan en más alta estima. Y aun más, el reino entero de la verdad parecería pobre y desdeñable para muchos si no se lo definiera de manera que incluya esta esfera del conocimiento y toda otra ciencia no le parece digna más que en la medida en que prepare el camino de esta. Y las otras ciencias son, de hecho, sólo la base; la psicología es como la coronación que concluye la obra. Todas las otras ciencias son una preparación para la psicología; ésta depende de todas pero, por su parte, es necesario que ejerza una influencia más poderosa sobre ellas. Es necesario que renueve la vida entera del hombre, que acelere y asegure el progreso. Y si, por un lado, parece ser la cumbre sobresaliente de la estructura de la ciencia, por otro, esta destinada a volverse la base de sociedad y de sus posesiones más nobles, y, por esto mismo, a volverse también la base de todo el esfuerzo de los investigadores.

§1. La palabra “psicología” significa, etimológicamente, la ciencia del alma. De hecho, Aristóteles, que fue el primero en realizar una clasificación de la ciencia y en exponer sus diversas y separadas ramas en distintos ensayos, tituló uno de sus trabajos *peri psychés*. Entiende por “alma” la naturaleza, o, como prefirió expresarlo, el acto primero, la perfección fundamental de un ser viviente. Considera a algo un ser viviente si se nutre, crece y se reproduce y está dotado de las facultades de sensación y pensamiento, o si posee alguna de estas facultades. Aunque esté lejos de atribuir conciencia a las plantas, consideró no obstante al reino vegetal como viviente y dotado de alma. Y así, el trabajo más antiguo en psicología, después de establecer el concepto del alma, se dirige hacia las características más generales de los seres dotados con facultades vegetativas así como sensorias o intelectuales. Este era el campo de problemas que la psicología abarcó originalmente. Pero con el tiempo su campo se redujo considerablemente. Los psicólogos ya no discutieron las actividades vegetativas. El reino entero de la vida vegetal, dado que carece de conciencia, cesó de ser considerado dentro del alcance de sus investigaciones. Asimismo, el reino animal fue excluido de su campo de investigación en la medida en que, como las plantas y las cosas inorgánicas, es un objeto de la percepción externa. Esta exclusión también se extendió a los fenómenos estrechamente asociados con la vida sensorial, como el sistema nervioso y muscular, para que su investigación se volviera campo de acción del fisiólogo antes que del psicólogo. No se trata aquí de una limitación arbitraria. Por el contrario, parece ser una corrección obvia que se volvía necesaria por la naturaleza misma del tema. En efecto, las fronteras entre las ciencias

* Fuente: Brentano, F. (1944). *Psychologie du point de vue empirique*. Paris : Éditions Montaigne. Cotejado con la versión alemana: Brentano, F. (1924). *Psychologie von Empirischen Standpunkt*. Leipzig: Felix Meiner Verlag. Traducción: Hernán Scholten

no se habrán trazado de manera exacta ni la división del saber puede servir para su progreso más que si se determinan aproximaciones y exclusiones a partir del mayor o menor grado de parentesco. Ahora bien, allí donde este parentesco se manifiesta en punto más alto es entre los fenómenos concientes. Los conocemos a todos a través del mismo modo de percepción y, sea su nivel más o menos elevado, numerosas analogías aproximan los unos a los otros. Por el contrario, lo que la percepción externa nos ha mostrado sobre los seres vivientes lo vemos no solamente, por así decir, desde afuera, sino que también según otra estructura, y los hechos generales que encontramos aquí son o bien las mismas leyes, o bien leyes análogas a las que vemos gobernando la naturaleza inorgánica. Podría decirse, y no sin alguna justificación, que el propio Aristóteles sugiere esta más tardía y correcta delimitación de los límites de psicología. Aquellos que están familiarizados con su obra saben cuan frecuentemente, mientras expone una doctrina más rudimentaria, ubica los principios básicos desde un punto de vista diferente y más correcto. Su metafísica así como su lógica, proporcionan ejemplos de esto. Es así que el tercer libro de su tratado *Del alma*, donde se ocupa de las acciones voluntarias, desecha la idea de investigar los órganos que sirven como intermediarios entre un deseo y la parte del cuerpo hacia la que el deseo se dirige en su movimiento. Tal investigación, dice, expresándose exactamente como un psicólogo moderno, no pertenece a un estudio el alma, sino del cuerpo. Sólo digo esto al pasar, quizás para que sea más fácil convencer a algunos de los entusiastas seguidores de Aristóteles que existen incluso en nuestro tiempo. Hemos visto cómo se circunscribió el campo de la psicología. Al mismo tiempo, y de una manera completamente análoga, el concepto de vida también se estrechó, o, si no este concepto - ya que los científicos utilizan muy comúnmente este término en su amplio sentido original - por lo menos el concepto de alma.

En la terminología moderna la palabra “alma” se refiere al substrato sustancial de las representaciones así como de otras actividades que comparten con las representaciones el hecho de no ser inmediatamente perceptibles mas que gracias a experiencias internas y que presuponen ellas mismas representaciones. Así, llamamos usualmente alma al substrato sustancial de una sensación, de una imagen o de un recuerdo, de actos de esperanza o temor, de un deseo o de una aversión. También nosotros usamos la palabra “alma” en este sentido. A pesar de la modificación en el concepto, entonces, parece no haber nada allí que pueda impedirnos definir a la psicología en los términos en los que Aristóteles la definió una vez, a saber como la ciencia del alma. Entonces, parece que así como las ciencias naturales estudian las propiedades y leyes de los cuerpos físicos que son los objetos de nuestra percepción externa, la psicología es la ciencia que estudia las propiedades y leyes del alma que descubrimos directamente dentro de nosotros por medio de la percepción interna, y que la analogía nos permite igualmente inferir en los demás. Así delimitada, las dos ramas científicas que acabamos de definir parecen dividirse entre ellas el campo entero de las ciencias empíricas, y diferenciarse entre sí por un límite claramente definido. Pero la primera de estas afirmaciones, cuando menos, es desmentida por los hechos. Existen acontecimientos que pueden ser constatados de manera similar en los dos dominios, en el de la experiencia interna o en el de la experiencia externa. Y es precisamente porque ellos tienen una extensión más amplia que estas leyes no pertenecen exclusivamente ni al dominio de las ciencias naturales ni al de la psicología. El hecho de que se los pueda atribuir tanto a una ciencia como a la otra muestra que es mejor no atribuírselos a ninguna. Sin embargo, son lo suficientemente numerosos e importantes como para ocupar por sí mismos un campo especial de estudio que, bajo el nombre de metafísica, debemos distinguir de las ciencias naturales y de la psicología. Por otra parte, es imposible establecer una demarcación entre las dos ciencias que, entre esos tres grandes dominios del saber, son las menos generales. Como siempre pasa cuando dos ciencias se tocan entre sí, aquí las disputas de frontera entre las ciencias naturales y las ciencias psíquicas son inevitables. Los hechos que el fisiólogo investiga y aquellos de los que se ocupa el psicólogo están muy íntimamente correlacionados, a pesar de sus grandes

diferencias de carácter. Encontramos propiedades físicas y psíquicas unidas en un mismo grupo. No sólo pueden los estados físicos haber sido provocados por estados físicos y los estados psíquicos por psíquicos, sino que también hay casos en que los estados físicos tienen consecuencias psíquicas y los estados psíquicos tienen consecuencias físicas. Algunos pensadores han distinguido una ciencia separada que se supone que trata con estas cuestiones, en particular Fechner quien denominó “psicofísica” a esta rama de la ciencia y llamó “Ley Psicofísica” a la famosa ley que estableció sobre esta conexión. Otros la han nombrado, menos apropiadamente, “psicología fisiológica”. Se pondría fin así a todas las disputas de límite entre la psicología y fisiología. ¿Pero no habrá, en su lugar, nuevas y aún más numerosas disputas entre la psicología y la psicofísica por un lado, y entre la psicofísica y la fisiología por otro? ¿No es, obviamente, tarea del psicólogo el determinar los elementos básicos de los fenómenos psíquicos? Ahora bien, los psicofísicos deben estudiarlos también, porque las sensaciones son despertadas por estímulos físicos. ¿Y no es tarea del fisiólogo, dado que estudia las manifestaciones del movimiento espontáneo o del reflejo, el remontarse a sus orígenes a través de una cadena continua? Incluso los psicofísicos, también, tendrán que investigar las primeras consecuencias físicas con causa psíquica. No nos permitamos, entonces, ser innecesariamente perturbados por la intrusión inevitable de la fisiología en la psicología y viceversa. Estas intrusiones no serán mayores que aquéllas que observamos, por ejemplo, entre física y química. No prueban nada en contra de la exactitud de la línea de límite que hemos establecido; sólo muestran que, por justificada que sea, esta distinción, como cualquier otra distinción entre las ciencias, tiene algo de artificial. Tampoco será de ninguna manera necesario trazar dos veces toda la serie de las denominadas cuestiones psicofísicas, es decir una vez desde el punto de vista de la fisiología y otra desde el de la psicología. En cada una de estas cuestiones podemos mostrar fácilmente en que campo reside la dificultad esencial, cuya solución entraña casi ipso facto la de la cuestión misma. Por ejemplo, será definitivamente tarea del psicólogo la de determinar los primeros fenómenos psíquicos provocados por una excitación física, aun cuando no pueda dispensarse de observar los hechos fisiológicos al realizarlo. Así mismo, en el caso de los movimientos voluntarios del cuerpo, será el psicólogo quien tendrá que establecer los últimos e inmediatos antecedentes psíquicos de la serie entera de cambios físicos que se conectan con ellos. Pero será tarea del fisiólogo la de investigar la razón física última e inmediata de la sensación, aunque no pueda hacerlo sin contemplar también el fenómeno psíquico. Y es también él, en el caso de los movimientos que tienen causas psíquicas, quien debe establecer, dentro del dominio fisiológico, sus consecuencias primeras y próximas. En lo que concierne a la demostración de que hay una relación progresiva que rige los incrementos en las causas y los efectos psíquicos, establecer el principio de la llamada “Ley Psicofísica”, me parece que el problema se desdobra: una parte incumbe al fisiólogo, el resto al psicólogo. La primera es determinar que diferencias relativas en la intensidad de los estímulos físicos corresponde a las más pequeñas diferencias perceptibles en la intensidad de los fenómenos psíquicos. La segunda consiste en tratar de descubrir las relaciones que tienen entre sí éstas mínimas diferencias perceptibles. ¿Pero no es la respuesta a la última pregunta inmediata y completamente evidente? ¿No es claro que todas las mínimas diferencias perceptibles deben ser consideradas iguales entre sí? Esto es lo que generalmente se ha aceptado. El propio Wundt, en su *Psicología Fisiológica* (pág. 295), ofrece el siguiente argumento: “Una diferencia de intensidad que constituye una mínima diferencia perceptible es un valor psíquico de magnitud constante. De hecho, si una sola mínima diferencia perceptible fuera mayor o más pequeña que otra, entonces sería superior o inferior a lo mínimamente perceptible, lo que implica una contradicción”. Wundt no comprende que su argumento constituye un círculo vicioso. Para aquel que duda de la igualdad entre todas las mínimas percepciones, la cualidad de mínimamente perceptible no podría ser la característica propia de una cantidad constante [*konstanten Größenmaßes*]. Lo que es verdad, y se impone a priori, es que todas las mínimas diferencias perceptibles son percibidas como iguales, no que ellas sean iguales. A menos que

se admita que cada incremento igual será percibido como tal y que, a la inversa, cada incremento que será percibido como igual es realmente igual. Pero es esto lo que queda por establecer, y la investigación de esta cuestión, que es trabajo del psicólogo ya que se trata de leyes de juicio comparativo, podría proporcionar un resultado bastante diferente de lo que se ha esperado. El desplazamiento aparente del disco lunar ¿no es más fácil de percibir cuando la luna está cerca del horizonte que cuando está en el cenit? Sin embargo, en realidad, el disco se desplaza una cantidad igual en la misma cantidad de tiempo en ambos casos. En cambio, la primera tarea arriba mencionada concierne indudablemente al fisiólogo. Las observaciones físicas aquí tienen aplicación más extensa. Y, ciertamente, no es ninguna coincidencia que tengamos que agradecer a un fisiólogo de primera línea como E. H. Weber por allanar el camino hacia esta ley, y a un físico de cultura filosófica como Fechner el establecimiento definitivo de la ley con un contenido más amplio. Entonces la definición de la psicología que se proporcionó arriba parece justificada, y haber sido clarificada su posición en relación con las ciencias vecinas.

§2.No obstante, no todos los psicólogos aceptarían definir la psicología como la ciencia del alma, en el sentido indicado anteriormente. Algunos la definen, más bien, como la ciencia de los fenómenos psíquicos, poniéndola por eso al mismo nivel que su ciencia hermana. De manera similar, en su opinión, la ciencia de la naturaleza sería definida como la ciencia de los fenómenos físicos, en lugar de ciencia de los cuerpos. Permítasenos clarificar la base de esta objeción. ¿Qué se quiere decir con “la ciencia de los fenómenos psíquicos” o “la ciencia de los fenómenos físicos”? Las palabras “fenómeno” o “apariciencia” se usan a menudo en oposición a “cosas que existen real y verdaderamente”. Decimos, por ejemplo, que los objetos de nuestros sentidos, como son revelados por la sensación, son meramente fenómenos; color y sonido, el calor y el sabor no existen real y verdaderamente por fuera de nuestras sensaciones, aunque ellas pueden apuntar a objetos que existen. Una vez, John Locke dirigió un experimento en que, después de haber calentado una de sus manos y refrescado la otra, sumergió las dos simultáneamente en la misma cubeta de agua. Experimentó calor en una mano y frío en la otra, y así demostró que ni el calor ni el frío existían realmente en el agua. Así mismo, sabemos que la presión en el ojo puede despertar los mismos fenómenos visuales que serían causados por los rayos que emanan de un objeto coloreado. Y con respecto a las determinaciones de la localización espacial, aquellos que toman a las apariencias como verdaderas realidades pueden convencerse fácilmente de su error de una manera similar. Desde la misma distancia, cosas que están en lugares diferentes pueden parecer estar en el mismo lugar y, desde distancias distintas, diferentes cosas que están en el mismo lugar pueden parecer estar en lugares diferentes. Así mismo y por la misma razón, el movimiento puede aparecer como reposo y el reposo como movimiento. Estos hechos demuestran más allá de toda duda que los objetos de la experiencia sensorial son engañosos. Pero aun cuando esto no pudiera ser establecido tan claramente, todavía tendríamos que dudar de su veracidad porque no habría ninguna garantía de la existencia real de un mundo que provocaría nuestras sensaciones y con el cual el contenido mismo de esas sensaciones presentaría ciertas analogías, existencia que sería suficiente para dar cuenta de los fenómenos. No estamos autorizados, por consiguiente, a creer que los denominados objetos de la percepción externa realmente existen como se nos aparecen. De hecho, no puede demostrarse que existen fuera de nosotros. En contraste con lo que existe real y verdaderamente, no son más que fenómenos. Sin embargo, lo que se ha dicho sobre los objetos de la percepción externa no se aplica de la misma manera a los objetos de la percepción interna. A propósito de ellos, nadie ha mostrado alguna vez que quien considere estos fenómenos como verdaderos se envuelva por ello en contradicciones. Por el contrario, de su existencia tenemos ese conocimiento claro y la certeza completa que nos son proporcionados por la visión inmediata. Por consiguiente, nadie realmente puede dudar que un estado psíquico que percibe en él exista, y que existe así como lo percibe. Cualquiera que pueda llevar su duda tan lejos alcanzaría un estado de duda

absoluta, un escepticismo que se negaría a sí mismo, porque habría destruido cualquier base firme en su ataque al conocimiento. Entonces, no está razonablemente fundado, con el pretexto de unificar desde un mismo punto de vista la ciencia de la naturaleza y la ciencia psíquica, el definir la psicología como la ciencia de los fenómenos psíquicos. Sin embargo, es un pensamiento bastante diferente el que comúnmente guía a aquellos que defienden semejante definición. Estas personas no niegan la existencia real del pensar y de la voluntad. Y usan la expresión fenómenos psíquicos o manifestaciones psíquicas como sinónimos de estados psíquicos, procesos psíquicos, y eventos psíquicos, como la percepción interna nos los revela rigurosamente. No obstante, su objeción a la antigua definición se relaciona con el hecho de que en semejante definición se malentienden los límites del conocimiento. Decir que la ciencia natural es la ciencia de los cuerpos, considerando al cuerpo una substancia que actúa en nuestros órganos de los sentidos y produce representaciones de fenómenos físicos, asume que las substancias son la causa de los fenómenos externos. Igualmente, decir que la psicología es la ciencia del alma, entendiendo por “alma” el substrato sustancial de los estados psíquicos, es expresar la convicción de que en los eventos psíquicos se deben ver propiedades de una substancia. ¿Pero qué es lo que nos da derecho a asumir que hay tales substancias? Se dice que tales substancias no son objetos de la experiencia; ni la percepción sensorial ni la percepción interna nos revelan substancias. Así como en la percepción sensorial encontramos fenómenos como calor, color y sonido, en la percepción interna encontramos manifestaciones del pensamiento, del sentimiento y de la voluntad. Nunca descubrimos la esencia a la que pertenecen en calidad de propiedades. Es una ficción a la que no corresponde ninguna clase de realidad, o cuya existencia, si es que tienen alguna, posiblemente no pueda demostrarse, aun cuando exista. Obviamente no es, entonces, un objeto de la ciencia. La ciencia natural no podría definirse como la ciencia de los cuerpos ni la psicología podría definirse como la ciencia del alma. Más bien, la primera debe pensarse simplemente como la ciencia de los fenómenos físicos, y la última, análogamente, como la ciencia de los fenómenos psíquicos. No hay una cosa tal como el alma, al menos para nosotros. No obstante, la psicología puede y debe existir, aunque, para usar la expresión paradójica de Albert Lange, sería una psicología sin alma. Vemos que la idea no es tan absurda como la expresión la hace parecer. Esta concepción deja incluso a la psicología un amplio campo de investigación. Es lo que nos muestra un simple vistazo a la ciencia natural. Ya sea que se la conciba como ciencia de los cuerpos o que se la vea sólo como la ciencia de los fenómenos físicos, continuarán siendo investigados los mismos hechos y leyes que estudia esta rama del saber. Es lo que efectivamente hacen en la actualidad muchos famosos científicos que se han formado una opinión sobre cuestiones filosóficas, gracias a la notable tendencia que acerca actualmente a la filosofía y a las ciencias naturales. Haciendo esto, de ninguna manera restringen el dominio de las ciencias naturales, que se extiende, tanto para ellos como para los otros, a la totalidad de las leyes de coexistencia y de sucesión. Se puede decir lo mismo respecto de la psicología. Los fenómenos revelados por la percepción interna también están sujetos a leyes. Esta verdad es admitida por cualquiera que se haya entregado a la investigación científica en psicología y el hombre común encuentra por sí mismo, fácil y rápidamente, confirmación del hallazgo en su propia experiencia interna. Las leyes de la coexistencia y sucesión de los fenómenos psíquicos siguen siendo objeto de investigación incluso para quienes niegan a la psicología cualquier conocimiento del alma. Hay aquí un inmenso campo de importantes problemas, la mayoría de los cuales aún espera solución. Para hacer más inteligible la naturaleza de la psicología tal como la concibió, John Stuart Mill, uno de los más firmes e influyentes defensores de este punto de vista, ha ofrecido en su *Lógica de las ciencias del espíritu* una sinopsis de los problemas que concernían a la psicología. Asigna a la psicología, como tarea general, la determinación de las leyes que rigen la sucesión de nuestros estados psíquicos, es decir, el estudio de las leyes a partir de las cuales uno de esos estados produce el otro. Algunas de estas leyes son generales, otras especiales. Por ejemplo, una ley general sería la ley según la cual, “siempre que algún estado de conciencia haya sido

excitado en nosotros, no importa por qué causa. . . un estado de conciencia que se parece al anterior pero inferior en intensidad, es capaz de ser reproducido en nosotros, sin la presencia de ningún tipo de causa como la que lo excitó en un principio”. Cada impresión, dice usando el lenguaje de Hume, tiene su idea. Análogamente, habría también ciertas leyes generales que determinan la apariencia real de semejante idea. De manera similar, habría también ciertas leyes generales que determinan la apariencia efectiva de tal idea. Menciona tres de esas “leyes de asociación de Ideas”. La primera es la ley de semejanza: “Las ideas similares tienden a excitarse entre sí”. La segunda es la ley de contigüidad: “cuando dos impresiones han estado ligadas con frecuencia, sea simultáneamente o en sucesión inmediata, entonces cuando una de estas impresiones, o la idea de ella se repite, tiende a evocar a la otra”. La tercera es la ley de la intensidad: “Una intensidad mayor en una u otra de ambas impresiones, en lo que concierne a su evocación mutua, es sinónimo de una ligazón más frecuente”. La tarea de la psicología es, según Mill, la de deducir de estas leyes generales y elementales que regirían los fenómenos psíquicos, las leyes más específicas y más complejas del pensamiento. Dice que, dado que varios fenómenos psíquicos actúan a menudo conjuntamente, se planteará la pregunta sobre si en los casos consignados se trata o no de una combinación de causas. En otras palabras, los efectos y las condiciones iniciales ¿tienen las mismas relaciones que en la mecánica, donde un movimiento que nace de otro movimiento es homogéneo a las causas y el cual aparece en cierta forma como la suma de ellas o el dominio psíquico exhibe también casos similares al proceso de combinación química, donde no se ven en el agua ninguna de las características del hidrógeno y del oxígeno, y en el cinabrio ninguna de las características del mercurio y del azufre?. Mill creyó como hecho establecido que ambos tipos de casos existen en el dominio de los fenómenos internos. A veces los procesos son análogos a aquellos de la mecánica y a veces a los de las reacciones químicas. Porque puede pasar que diversas ideas se unan de manera que ya no parezcan varias sino que parecen ser una sola idea de un tipo completamente diferente. Por ejemplo, la idea de lo extenso y del espacio tridimensional se producirían a partir de las sensaciones kinestésicas. Una serie de nuevas investigaciones se unen en este punto. En particular se planteará la cuestión acerca de si hay que considerar a la creencia (*belief*) y al deseo como casos de química psíquica, es decir, si son el producto de una fusión de ideas. Mill piensa que quizás debemos responder a esta pregunta negativamente. De cualquier manera que se decida, incluso afirmativamente, sería cierto, no obstante, que se abren aquí campos completamente diferentes de investigación. Y así emerge la nueva tarea de determinar, por medio de observaciones específicas, las leyes de sucesión de estos fenómenos, es decir determinar si ellos son o no los productos de tal química psicológica, por así decirlo. Con respecto a la creencia (*belief*), determinaríamos lo que creemos directamente; luego según qué leyes una creencia produce otra y cuales son las leyes en virtud de las cuales un hecho se toma, razonable o erróneamente, como evidencia para otra cosa. Con respecto al deseo, la tarea primaria consistiría en determinar qué objetos natural y originalmente deseamos, y debemos entonces continuar hasta determinar por qué causas llegamos a desear cosas originalmente indiferente o incluso desagradables para nosotros. A todo esto se agrega otro rico campo para la actividad donde la investigación psicológica y fisiológica se implican mutuamente más que en ninguna otra parte. El psicólogo, según Mill, tiene la tarea de investigar hasta donde la producción de un estado psíquico por otro es influenciada por estados físicos confirmables. Las diferencias individuales en la susceptibilidad a las mismas causas psicológicas pueden tener una triple razón. Podrían ser un hecho primitivo y último, podrían ser consecuencias de la historia anímica previa de esos individuos, y podrían ser el resultado de diferencias en la organización física. El observador atento y crítico, piensa Mill, reconocerá que la porción más grande del carácter de una persona puede explicarse adecuadamente en términos de su educación y circunstancias exteriores. El resto puede, en general, ser explicado solo indirectamente en términos de diferencias orgánicas. Y obviamente esto es cierto no meramente para la comúnmente reconocida tendencia del sordo hacia la desconfianza, del ciego congénito hacia la lujuria, del

minusválido físicamente hacia la irritabilidad, sino también para muchos otros fenómenos menos fácilmente inteligibles. Si hay incluso, como concede Mill, otros fenómenos, los instintos en particular, que no pueden explicarse de ninguna otra manera más que inmediatamente por los caracteres orgánicos particulares, vemos sin embargo que un amplio campo de investigación es asegurado para la psicología en el área de la etología, es decir formulando las leyes de la formación de carácter. Éste es, a grandes rasgos y desde el punto de vista de uno de los representantes más importantes de esta tendencia, el conjunto de los problemas psicológicos considerados desde un punto de vista puramente fenoménico. En realidad, en ninguna de las consideraciones mencionadas anteriormente la psicología es dañada por esta nueva concepción de ella o las modificaciones que ella entraña. De hecho, a las cuestiones planteadas por Mill y a todas las que allí se encuentran implicadas, hay que agregar otras que son igualmente significativas. Así, no escasean las tareas importantes para los psicólogos de esta escuela en la cual hay, en la actualidad, hombres que trabajan con éxito por el avance de la ciencia. No obstante, la nombrada concepción de la psicología parece excluir una cuestión que tiene tal importancia que su ausencia amenaza, cuando menos, dejar un vacío lamentable en esta ciencia. Es la investigación, que la antigua psicología consideró su tarea principal, del problema que dio origen a la investigación psicológica el que ya no puede, al parecer, ser planteado por esta nueva concepción de la psicología. Me refiero a la cuestión de la vida después de la muerte. Cualquiera que haya leído a Platón sabe que, por sobre todo lo demás, era el deseo de determinar la verdad sobre este problema el que lo llevó al campo de la psicología. Su *Fedón* se consagra a él, y otros diálogos como el *Fedro*, *Timeas* y la *República* vuelven a la cuestión una y otra vez. Y reconocemos el mismo problema en Aristóteles. Expone, con menos detalles, es verdad, las razones que él da como prueba de la inmortalidad del alma, pero sería un error concluir de esto que el problema tuviera menos importancia para él. En su *Lógica*, donde la doctrina de lo apodíctico o la demostración científica era, necesariamente, el problema más importante, discute el problema condensado en unas páginas en los segundos *Análisis*, en llamativo contraste con otras largas y extendidas discusiones. En el libro *A* de *Metafísica* solo habla de la deidad en unas frases cortas, aunque este estudio era confesamente tan esencial a él que, en realidad, aplicó el nombre “teología” a la ciencia en su totalidad, así como los nombres “sabiduría” y “primera filosofía.” De la misma manera, en su tratado *Del alma*, trata muy brevemente sobre el alma del hombre y su inmortalidad, aún cuando no hace más que alusiones. No obstante, esta cuestión le parecía ser el objeto más importante de la psicología. Vemos allí que al psicólogo incumbe, en primer lugar, investigar lo que es el alma, y luego investigar sus propiedades, algunas de las cuales parecen ser inherentes sola a ella y no al cuerpo, y parecen, entonces, espirituales. Además debe investigar si el alma está compuesta de partes o si es simple, y si todas las partes son estados corporales o si hay algunos que no, en cuyo caso su inmortalidad se aseguraría. Las diversas aporías que se unen a estas cuestiones muestran que hemos tocado en el punto que despertó la curiosidad de este gran pensador más que cualquier otro. Ésta es la tarea a la que la psicología se consagró en principio, y qué le dio el primer impulso para desarrollarse. Y precisamente es esta tarea la que parece haber entrado en descrédito en la actualidad y haber devenido imposible, por lo menos desde el punto de vista de aquellos que rechazan que la psicología sea la ciencia del alma. Si no hay alma, entonces, por supuesto, la inmortalidad del alma está fuera de cuestión.

Esta conclusión parece ser tan inmediatamente obvia que no podemos sorprendernos si algunos adeptos de la concepción aquí desarrollada, por ejemplo A. Lange, la consideran evidente en sí misma. Y así, la psicología nos ofrece un drama similar al que sucedió en las ciencias naturales. Es la ambición de los alquimistas de producir oro de las mezclas de elementos, lo que condujo a la investigación química. Pero, habiendo llegado a su madurez, la química renunció a la transmutación como a algo imposible. Para nosotros, los herederos de los investigadores de antaño, las predicciones de nuestros predecesores son comparables a la

promesa que, en la famosa fábula, el padre agonizante hizo a sus hijos. En la parábola los hijos excavaron industriosamente la viña en la que creían que estaba escondido un tesoro; no encontrarán el oro enterrado, pero la tierra bien trabajada les dará frutos más abundantes. Algo similar les ha pasado a los químicos, y también les estaría pasando a los psicólogos. En razón de su progreso, la ciencia madura tendría que renunciar a la cuestión de la inmortalidad, pero podríamos decir, como consuelo, que los celosos esfuerzos que provinieron de un deseo por lo imposible han llevado a la solución de otras cuestiones cuya importancia no podríamos negar. No obstante, ¿quién podría negar que los dos casos no son totalmente idénticos?. En lugar de los sueños de los alquimistas, la realidad ofreció un reemplazante de más alto valor. Pero comparado con las esperanzas de Platón y Aristóteles de alcanzar la certeza acerca de la continuación de la existencia de nuestra mejor parte después de la disolución del cuerpo, las leyes de asociación de ideas, del desarrollo de las convicciones y las opiniones, y del nacimiento y el incremento del deseo y el amor, apenas podrán ser una verdadera compensación. La pérdida de esta esperanza parecería entonces ser más lamentable. Por consiguiente, si la oposición entre estas dos concepciones de la psicología realmente implicaran la aceptación o rechazo de la cuestión de la inmortalidad, este problema se volvería de suprema importancia y nos compelería a emprender investigaciones metafísicas acerca de la existencia de una substancia como el sustrato de los estados psíquicos. Sin embargo, si parece imponerse aquí la necesidad de restringir el dominio de la investigación, puede no ser más que una apariencia. En su tiempo, David Hume se opuso enérgicamente a los metafísicos que afirmaron haber encontrado en ellos un sustrato substancial de los estados psíquicos. “Por mi parte -dice él- cuando entro más íntimamente en lo que llamo mi yo, siempre tropiezo con tal o cual percepción particular de calor o frío, de luz o de sombra, de amor o de odio, de dolor o de placer. Por mucho que me esfuerce nunca puedo atrapar mi yo por fuera de una representación, y nunca puedo descubrir nada más allá de la representación, Cuando mis representaciones están suspendidas durante algún tiempo, como en el sueño normal, durante todo ese tiempo, mi yo se escapa totalmente y podría verdaderamente decirse que cesó de existir.” Si ciertos filósofos reclaman que se perciben a sí mismos como algo simple y permanente, Hume no quiere contradecirlos, pero a partir de su propia experiencia y la de todos los demás (exceptuando solamente a esta clase de metafísicos), está convencido de “que son nada más que un haz o una colección de percepciones diferentes, que se suceden con una rapidez inconcebible y están en un flujo perpetuo y un movimiento ininterrumpido”. Por consiguiente, vemos que Hume se alinea inequívocamente entre los opositores a una substancia psíquica. No obstante, el propio Hume comenta que en una concepción como la suya, todas las pruebas de la inmortalidad conservan absolutamente la misma fuerza que en la concepción tradicional a la que está opuesto. Por supuesto, Albert Lange interpreta esta declaración como una burla, y probablemente tenga razón, porque es sabido que Hume no desdeñó el uso, en otra parte, de la ironía malévola como arma. Lo que dice Hume, sin embargo, no es tan evidentemente ridículo como Lange y quizás el propio Hume podrían pensar. Aunque sea evidente que aquellos que niegan la existencia de una alma sustancial no pueden hablar de la inmortalidad del alma en el sentido propio de la palabra, es falso que la cuestión de la inmortalidad del alma pierda todo significado porque neguemos la existencia de un sustrato sustancial de los fenómenos psíquicos. Esto se pone en evidencia en cuanto se reconoce que con o sin un alma sustancial no se puede negar que hay una cierta continuidad de nuestra vida psíquica aquí en la tierra. Si alguien rechaza la existencia de una substancia, debe asumir que semejante duración es posible sin un sustrato sustancial. Y la cuestión sobre si nuestra vida psíquica continúa de algún modo después de la destrucción de los fenómenos somáticos no tiene por ello menor importancia esencial. Es totalmente incoherente que los pensadores de esta tendencia rechacen, por las razones mencionadas, la cuestión de la inmortalidad incluso en este, su sentido esencial, aunque sería ciertamente más apropiado llamarlo la inmortalidad de la vida que la inmortalidad del alma. Esto fue totalmente reconocido por John Stuart Mill. Es verdad que no encontramos, en el pasaje de su Lógica

anteriormente citado, la cuestión de la inmortalidad en la lista de los problemas de los que se ofrecen a la investigación psicológica. En su trabajo sobre Hamilton, sin embargo, ha desarrollado con suma claridad la misma idea que hemos formulado. No hay ningún pensador notable de la Alemania contemporánea que haya expresado su rechazo hacia un substrato sustancial de los estados psíquicos y físicos tan a menudo y categóricamente como Theodor Fechner. En su Psicofísica, en su Teoría de los átomos y en otros escritos, critica esta concepción, a veces en serio, a veces cómicamente. No obstante, reconoce sinceramente su creencia en la inmortalidad. Por consiguiente, está claro que aun cuando uno acepta la perspectiva metafísica que llevó a los pensadores modernos a sustituir la definición tradicional de la psicología como ciencia del alma por la definición de la psicología como ciencia de los fenómenos psíquicos, el campo de la psicología no se estrecharía por ello de forma alguna, y, sobre todo, no sufriría ninguna pérdida esencial. En realidad, no me parece más admisible aceptar esta perspectiva sin una investigación metafísica seria, que rechazarla sin examinarla. Así como hay hombres eminentes que han cuestionado y han negado todo substrato sustancial de los fenómenos, ha habido y hay todavía otros científicos muy famosos que afirman categóricamente la existencia de este substrato. H. Lotze está de acuerdo con Aristóteles y Leibniz en este punto, como lo está Herbert Spencer, entre los empiristas ingleses contemporáneos. Y, con su habitual franqueza, John Stuart Mill ha reconocido incluso, en su trabajo contra Hamilton, que el rechazo de una substancia como substrato de los fenómenos no está completamente exento de dificultades e incertidumbres, sobre todo en el reino psíquico. Si, entonces, la nueva definición de la psicología está tan inseparablemente ligada a la nueva metafísica como la antigua definición lo estaba de la antigua metafísica, nos forzarían a que buscáramos una tercera definición o a descender en los temibles abismos de la metafísica. Afortunadamente, lo que sucede es lo contrario. No encontramos nada en la nueva definición de la psicología que no pudiera ser aceptado por los seguidores de la antigua escuela. Haya o no almas, el hecho es que hay fenómenos psíquicos. Y nadie que acepte la teoría de la substancialidad del alma negaría que cualquier cosa que pueda establecerse con referencia al alma también está relacionado con los fenómenos psíquicos. Por consiguiente, nada se opone a que, en lugar de definir la psicología como la ciencia del alma, adoptáramos la moderna definición. Quizás las dos son correctas. La diferencia que todavía existe entre ellas es que la antigua definición contiene presuposiciones metafísicas de las que la moderna está exenta; que la última es aceptada por escuelas de pensamiento opuestas, mientras la anterior conlleva ya la marca distintiva de una escuela particular; y por consiguiente, una nos libra de las investigaciones preliminares generales que la otra nos obligaría a emprender. Por consiguiente, la adopción de la moderna concepción simplifica nuestro trabajo. Ofrece, además, una ventaja adicional: cualquier exclusión de una cuestión reconocida como extraña es sinónimo de simplificación y reforzamiento. Esto muestra que los resultados de nuestra investigación están bajo la dependencia de menos presuposiciones, y así otorgan mayor certeza a nuestras convicciones. Por consiguiente, definimos a la psicología como la ciencia de los fenómenos psíquicos, en el sentido indicado anteriormente. Las explicaciones precedentes deben ser suficientes para clarificar el significado general de esta definición. Cuando examinemos la diferencia entre los fenómenos psíquicos y los fenómenos físicos se precisará lo que pueda permanecer aún oscuro.

§3. Si se quisiera comparar el valor relativo del campo científico del que acabamos de fijar los límites con el de las ciencias naturales, teniendo en cuenta exclusivamente el interés que despiertan en la actualidad estos dos tipos de investigaciones, es probable que la psicología sea indudablemente eclipsada. Sería una cuestión diferente si comparáramos las metas que cada una de las dos ciencias persigue. Hemos visto qué tipo de conocimiento es capaz de alcanzar el campo científico natural. Los fenómenos de la luz, el sonido, el calor, la situación espacial y el movimiento que estudia no son cosas que real y verdaderamente existen; son señales de algo real que, a través de su actividad causal, produce su representación. Pero la

imagen que ellos nos dan no es, sin embargo, una representación adecuada de esta realidad, y el conocimiento que podríamos extraer de ella es muy incompleto. Podemos decir que existe algo que, bajo ciertas condiciones, causa esta o aquella sensación. Podemos demostrar también que deben encontrarse allí relaciones análogas a aquéllas que presentan los fenómenos espaciales, las formas y tamaños. Pero este es el punto hasta donde podemos ir. En y por sí mismo, lo que es real no aparece jamás, y lo que aparece no es real. La verdad de los fenómenos físicos es, como dicen, sólo una verdad relativa. El caso de los fenómenos de la percepción interna es diferente. Son verdaderos en sí mismos. Son en realidad tal como aparecen, tenemos garantizada la evidencia con la que son percibidos. ¿Quién podría negar, entonces, que esto constituye una gran ventaja de la psicología por sobre las ciencias naturales? El alto valor teórico del conocimiento psicológico es evidente desde otro punto de vista. La dignidad de una ciencia no sólo aumenta según la manera en la que es conocida, sino también con la dignidad de su objeto. Y los fenómenos cuyas leyes la psicología investiga no se distinguen de los fenómenos físicos por que sean verdaderos y reales en sí mismos, sino también porque son incomparablemente más hermosos y sublimes. Al color y el sonido, la extensión y el movimiento se oponen la sensación y la imaginación, el juicio y la voluntad, con toda la grandeza que les confiere el gran pensador y la dedicación del hombre virtuoso. De esta manera hemos revelado en una nueva forma cómo la tarea del psicólogo es más valiosa que la del físico. Es verdad, también, que las cosas que nos conciernen directamente atraen más fácilmente nuestra atención que aquello que nos es extraño. Estamos más ávidos por conocer el orden y origen de nuestro propio sistema solar que el de grupo más remoto de cuerpo celestes. La historia de nuestro propio país y de nuestros antepasados atrae más nuestra atención que la de otras personas con quienes no tenemos ningún lazo íntimo. Y ésta es otra razón para otorgar a la ciencia de los fenómenos psíquicos el más alto valor. Porque nuestros fenómenos psíquicos constituyen el dominio que nos pertenece más propiamente. Algunos filósofos incluso han identificado el yo con una colección de fenómenos psíquicos, otros con el substrato sustancial de tal colección. Y en el lenguaje común se dice que los cambios físicos se producen fuera de nosotros mientras los cambios psíquicos se producen en nosotros.

Estas muy simples observaciones pueden convencer fácilmente a cualquiera de la gran importancia teórica del conocimiento psicológico. Incluso desde el punto de vista de la importancia práctica - y quizás esto es lo que más nos sorprende - las cuestiones psicológicas no son de ninguna manera inferiores a aquéllas de las que se ocupan las ciencias naturales. Vayamos más lejos: desde este punto de vista difícilmente encontraremos otra rama de la ciencia que podamos poner al mismo nivel de la psicología a menos que se la considere como un escalón indispensable para elevarnos hasta la psicología. Permítaseme señalar, sin insistir demasiado en ello, que la psicología contiene las raíces de la estética que, en un punto más avanzado de desarrollo, indudablemente agudizará el ojo del artista y lo perfeccionará. Igualmente, basta decir que el importante arte de la lógica, del cual una sola mejora implica mil progresos científicos, tiene también a la psicología como su fuente. Además, la psicología tiene la tarea de constituirse en la base científica para una teoría de la educación, tanto del individuo como de la sociedad. Junto con la estética y la lógica, la ética y la política proceden del campo de la psicología. Y así la psicología parece ser la condición fundamental del progreso de la humanidad precisamente en el plano mismo de aquello que constituye su esencial dignidad. Si no se apoya en la psicología, la solicitud del padre así como la del líder político, no será más que un torpe tanteo. Es precisamente porque no ha habido ninguna aplicación sistemática de principios psicológicos en el campo político hasta ahora, y más aun porque los conductores de los pueblos han permanecido, casi sin excepción, en una completa ignorancia de estos principios que nosotros podemos afirmar junto con Platón y con muchos pensadores contemporáneos que, no importa cuánta gloria han logrado algunos jefes políticos, aún no ha aparecido en la historia ningún verdadero gran estadista. Antes de que la fisiología

se aplicara sistemáticamente a la medicina, no faltaron médicos famosos, que supieron inspirar gran confianza y a quienes se atribuye curas asombrosas. Pero cualquiera que este familiarizado hoy con la medicina sabe que con anterioridad a las últimas décadas no ha habido un solo médico verdaderamente grande. Todos eran empiristas ciegos, más o menos hábiles, más o menos favorecidos por la suerte. No eran, y no podrían haber sido lo que un médico especializado y juicioso debe ser. Por el momento cabe decir lo mismo respecto de nuestros hombres de Estado. Hasta que punto son también ellos meros empiristas ciegos se demuestra cada vez que un evento extraordinario cambia repentinamente la situación política y aún más claramente cada vez que alguno de ellos se encuentra en un país extranjero donde las condiciones son diferentes. Desamparado por sus máximas puramente empíricas, se vuelven completamente incompetentes y quedan indefensos. ¡Cuántos males podrían remediarse, tanto a nivel individual como social, por el correcto diagnóstico psicológico, o por el conocimiento de las leyes según las cuales un estado psíquico puede ser modificado! ¡Qué crecimiento de las fuerzas psíquicas se lograría si pudieran determinarse, por medio del análisis psicológico y fuera de toda duda, las condiciones psíquicas básicas que definen las diversas aptitudes para ser poeta, científico, o un hombre de habilidad práctica! Si esto fuera posible, podríamos reconocer el árbol, no de su fruta, sino desde el primer retoño de hojas, y podríamos trasplantarlo inmediatamente a un lugar acorde a su naturaleza. Las aptitudes son fenómenos en sí mismos muy complejos, resultado de fuerzas cuya actividad original da indicios de estas consecuencias no más de lo que la forma de los primeros brotes sugiere la fruta que el árbol dará. Y, sin embargo, en ambos casos se trata de relaciones que están sujetas a leyes y, así como la botánica puede realizar predicciones precisas, una psicología suficientemente desarrollada podría, de manera análoga, predecir el desarrollo ulterior de los espíritus. En esto y de mil otras maneras diversas, su influencia se volvería muy beneficiosa. Quizás solo ella estará en posición de proporcionarnos los medios para neutralizar la decadencia que de vez en cuando interrumpe tristemente el por otro lado firme y ascendente desarrollo cultural. Ha sido muchas veces correctamente señalado que las expresiones metafóricas usadas a menudo, “la antigua nación” y “la antigua civilización,” no son estrictamente apropiadas, porque mientras los organismos se regeneran sólo parcialmente, la sociedad se renueva completamente con cada generación; podemos hablar de pueblos y generaciones que se enferman, pero no que envejecen. Hay, sin embargo, una enfermedad que hasta ahora ha aparecido periódicamente y que, debido a nuestra falta de habilidad médica, ha llevado regularmente a la muerte. Por lo tanto, aunque no se trata de una verdadera identidad, la analogía entre la vejez y este fenómeno exterior es innegable. Está claro que las tareas prácticas que asigno a la psicología están lejos de ser insignificantes. ¿Pero se puede creer que la psicología se acercará alguna vez realmente a este ideal? La duda sobre este punto parece estar bien fundada. Del hecho de que hasta ahora, en miles de años, la psicología no ha realizado prácticamente ningún progreso, a muchos les gustaría creer que es justificado concluir con certeza que también hará poco en el futuro para llevar más allá los intereses prácticos de la humanidad. Es fácil responder a esta objeción. La respuesta es revelada por un simple examen del lugar que la psicología ocupa en el sistema de las ciencias. Las ciencias teóricas generales forman una suerte de jerarquía en la que cada paso ascendente se realiza en base al anterior. La ciencia superior investiga fenómenos más complejos, la ciencia inferior los más simples, pero que contribuyen a la complejidad. El progreso de las ciencias superiores está condicionado, naturalmente, por el de las inferiores. Por consiguiente, es evidente que, excepto ciertos aislados antecedentes empíricos, las ciencias superiores lograrán su desarrollo con posterioridad a las inferiores. En particular, no podrán alcanzar al mismo tiempo que las ciencias inferiores ese estado de madurez en la que pueden satisfacer las necesidades de la vida. Es así que, ya desde hace mucho tiempo, se realizaban aplicaciones prácticas de la matemática, mientras la física todavía seguía adormecida en su cuna y no hacía preveer en nada que contribuiría un día a la satisfacción de las necesidades y deseos de la vida de una manera tan brillante. Y la física hace ya tiempo que ha adquirido reputación y ha suministrado

aplicaciones prácticas múltiples cuando la química, a través de Lavoisier, descubrió la primera base firme sobre la cual podría erigirse, en las próximas décadas, para transformar totalmente, si no la tierra, por lo menos el cultivo de la tierra, y con esto tantas otras esferas de la actividad práctica. Y la química ya había logrado muchos majestuosos resultados cuando la fisiología estaba aún por nacer. Y no es necesario remontarse demasiados años atrás para encontrar los principios de un desarrollo más satisfactorio así como inmediatos intentos de aplicación práctica quizás incompletos, pero que no obstante sirvieron para demostrar que un renacimiento de la medicina sólo podía ser esperado de la fisiología. Es fácil explicar por qué la fisiología se desarrolló tan tardíamente. Los fenómenos que estudiaba son mucho más complejos que aquellos estudiados por las ciencias más antiguas y depende de ellos, así como los fenómenos de la química dependen de los de la física y los fenómenos de la física dependen de los de la matemática. Es así fácil entender, entonces, por qué la psicología no ha dado frutos más abundantes ahora hasta. Así como los fenómenos físicos están bajo la influencia de leyes matemáticas, y los fenómenos químicos están bajo la influencia de leyes físicas, y aquellos de la fisiología bajo la influencia de todas estas leyes, entonces los fenómenos psicológicos están influenciados por las leyes que gobiernan las fuerzas que los órganos corporales producen y modifican. Por consiguiente, si alguien no supiera por experiencia personal directa nada sobre el estado de la psicología pasada, y no conociera más que la historia de las otras ciencias teóricas y el reciente nacimiento de la fisiología y, de hecho, de la química, podría afirmar, sin ser de manera alguna un escéptico acerca de las cuestiones psicológicas, que la psicología aún no ha logrado nada, o que ha logrado muy poco, y que sólo recientemente ha mostrado una tendencia hacia un más sustancial desarrollo. Esto implica que los frutos más importantes que la psicología puede producir para la vida práctica, se sitúan en el futuro. Dirigiendo su atención hacia la historia de la psicología, esta persona encontraría simplemente en su esterilidad la confirmación de sus expectativas; y no se hallaría de ninguna manera obligada a un juicio desfavorable acerca de sus logros futuros. Vemos que el estado de escaso desarrollo en que la psicología ha permanecido parece ser una necesidad, aun cuando no dudamos de la posibilidad de un rico desarrollo en el futuro. Que existe semejante posibilidad es un hecho mostrado por el prometedor, aunque débil, emprendimiento que ya, de hecho, se ha puesto en marcha. Una vez que un cierto nivel de su posible desarrollo haya sido alcanzado, las consecuencias prácticas no tardarán en manifestarse. Para los individuos e incluso para las masas, donde imponderables que imposibilitan o que promueven el progreso se anulan mutuamente, las leyes psicológicas constituirán una base segura para una técnica positiva. Por consiguiente, podemos esperar confiadamente que a la psicología no le faltará desarrollo interno y aplicaciones útiles. De hecho, las necesidades que debe satisfacer ya se han vuelto urgentes. Los desórdenes sociales reclaman por una reparación más urgente que la de las imperfecciones en el comercio náutico y ferroviario, la agricultura y la higiene. Cuestiones a las que quizá podríamos prestar menos atención, si dependiera de nosotros escoger, llaman la atención de todos. Muchas personas ya se han dado cuenta de la tarea más importante de nuestro tiempo. Podríamos mencionar a varios grandes científicos que se han dedicado al estudio de las leyes psicológicas, así como a la determinación del método que permitirá extraer de ellas las consecuencias prácticas y asegurar la aplicación de esas consecuencias. No es tarea de la economía política* la de poner fin a la presente confusión y restablecer en la sociedad una paz que se ha perdido progresivamente en medio del choque de intereses contradictorios. La economía política tiene un papel que jugar, pero ni la totalidad ni la mayor parte de la tarea dependen de ella. Y, de hecho, incluso el creciente interés que se le está concediendo puede servir para corroborar estas afirmaciones. En la introducción a sus Principios de Economía Política, John Stuart Mill se ha referido a la relación entre la economía política y la psicología. Las diferencias en la producción y distribución de bienes en los diferentes pueblos y en diferentes momentos, en su opinión, dependen hasta cierto punto de las diferencias en los estados de conocimiento de las materias físicas, pero tendría también causas psicológicas. “En la medida en que la condición

económica de las naciones es relativa al estado de conocimiento de cuestiones físicas - continúa- es un asunto de las ciencias físicas, y naturales, y de las ciencias conexas. Pero en la medida en que las causas son de orden moral o psicológico, dependientes de las reglamentaciones y de las relaciones sociales o de los principios de la naturaleza humana, su investigación no pertenece a la física, sino a la ciencia moral y social, y es el objeto de lo que se llama Economía Política.” Por lo tanto, parece que, más allá de toda duda, el futuro - y hasta cierto punto quizás un futuro no demasiado distante - concederá a la psicología una influencia considerable en los aspectos prácticos de la vida. En este sentido, podríamos caracterizar a la psicología, como otros ya lo han hecho, como la ciencia del futuro, es decir como la ciencia a la que, más que a cualquier otra, el futuro le pertenece; y la que, más que cualquier otra, influirá sobre este futuro; la que tiene por delante más futuro que todas las otras ciencias teóricas; a la que deberán, en su aplicación práctica, subordinarse todas las otras para servirla. Esta será la posición de la psicología una vez que alcance madurez y sea capaz de actuar eficazmente. Aristóteles comparaba la política a un maestro de obra, de la cual las otras ciencias serían la mano de obra. Sin embargo, como hemos visto, para realizarse como debe, es necesario que la política preste atención a la psicología, así como las artes menores escuchan las enseñanzas de la ciencia de la naturaleza. Estaríamos tentados a decir que su enseñanza resultará simplemente en una distribución diferente y el desarrollo extenso de principios psicológicos dirigidos hacia el logro de una meta práctica. Hemos anticipado cuatro razones que parecen ser suficientes para mostrar la excepcional importancia de la ciencia de lo psíquico: la verdad interior de los fenómenos que estudia, lo sublime de estos fenómenos, la relación especial que tienen con nosotros, y finalmente, la importancia práctica de las leyes que los gobiernan. A éstas debemos agregar el especial e incomparable interés que la psicología posee en la medida en que nos enseña sobre la inmortalidad y así se transforma, en otro sentido, en la ciencia del futuro. La cuestión acerca de la esperanza en un más allá y nuestra participación en un mejoramiento del universo recae en la psicología. Como hemos señalado, la psicología ya ha realizado esfuerzos por resolver este problema, y no parece que todos sus esfuerzos en esa dirección hayan sido en vano. Si éste es realmente el caso, tenemos aquí, sin duda, su logro teórico más grande que también podría ser de la mayor importancia práctica, además de otorgar también nuevo valor a los otros logros teóricos de la psicología. En el momento en que dejamos esta vida aquí abajo, nos separamos de todo lo que está lo que está sujeto a las leyes de la ciencia natural. Las leyes de la gravitación, del sonido, de la luz y la electricidad desaparecen junto con los fenómenos por los que la experiencia los ha establecido. Las leyes psíquicas, por el contrario, conservan el mismo valor de verdad para nuestra vida tanto en el más allá como aquí abajo, en la medida en que es inmortal. Entonces Aristóteles tenía una buena razón para colocar a la psicología por sobre todas las otras ciencias como lo hizo al principio de su tratado *Del alma*, aunque al hacerlo tuvo en cuenta exclusivamente sus ventajas teóricas. “Si -dice- contamos a la ciencia entre lo que es noble y respetable, aunque admitiendo que una lo es más que otra, sea por la agudeza de su mirada, sea por la admirable sublimidad de su objeto, sería correcto colocar, por una u otra razón, al conocimiento del alma entre los bienes más preciados”. Lo que causa sorpresa es el hecho de que Aristóteles afirma aquí que incluso en lo que se refiere a su exactitud, la psicología es superior a las otras ciencias. Para él la agudeza del conocimiento está ligada a la inmortalidad del objeto. Según él, lo que cambia continuamente y en cada aspecto evade la investigación científica, mientras que lo que permanece más estable posee la verdad más duradera. Sea como sea, tampoco podemos negar que las leyes que establece la psicología poseen una verdad por lo menos importante y duradera.